

LA BLASFEMIA DE CATULLE MENDÈS

por Octave Mirbeau

¡Por fin me encontraba en presencia del Sr. Mounet-Sully!¹

Se me habían contado tantas cosas sobre la arcaica vida que llevaba nuestro gran actor dramático, de los decorados medievales y los muebles románticos de los que se rodeaba, que mi sorpresa fue comprobar su sencillez desde el mismo instante en que franqueé el umbral de su casa.

Tan sencillo de verme en ese espejo

¡Oh! ni moderno como Jacques-Emile Blanche², ni desde luego contemporáneo del príncipe de Polignac; sino más bien de un pasado discreto, sin un chocante anacronismo y sin un batiburrillo chillón. Llevaba puesto un gorro florentino, y su cuerpo estaba envuelto por los pliegues rectos de una amplia bata de terciopelo granate. Sobre un fondo de cristalera renacentista que era iluminada por los últimos destellos del sol que se ocultaba, y de pie ante una especie de antifonario, el maestro leía antiguos textos en voz alta. Y en la habitación donde ya se iban introduciendo los misterios del crepúsculo, eso producía una sensación de vaticinio de tormenta todavía lejana. Al verme interrumpió su lectura y dio hacia mí unos pasos noblemente rítmicos, sin salir en ningún momento del encuadre de la cristalera renacentista donde su silueta se destacaba de un rojo oscuro, de un rojo de brasa que se apaga. La abertura de su bata, dejaba ver el esquijsama de seda, de un rojo más claro, que marcaba poderosamente la miguelangelesca forma de sus piernas; y entre los pelos negros de una barba con postizos en las puntas, los dientes muy blancos destacaban semejantes a luces de luna detrás de un macizo de árboles.

Me incliné respetuosamente.

–¡Seas quién seas, se bienvenido a esta morada, hijo mío! –dijo el maestro con un gesto con el que prolongó su gracia augusta y solemne, y cuyo carácter de dulce bendición, casi pontifical, no olvidaré jamás.

Añadió:

–Pareces cansado... ¿Vienes de lejos?... ¿Eres extranjero?... Habla sin temor...

–Soy reportero, – respondí.

El Sr. Mounet-Sully levantó la mirada hacia el techo, en el que, entre dos guirnaldas de flores, estaban representadas figuras mitológicas.

– Reportero... – repitió – Ignoro lo que es eso... Ya ves, hijo mío, vivo poco en la modernidad... Pero mi alma, sedienta de ideal sin chaleco y de belleza sin sombrero de copa, remonta sin cesar el transcurso de los siglos y conversa con los héroes desaparecidos... ¿Qué deseas de mí?

Y su voz, rodeándonos, poseía las cadencias sonoras a la vez que las emisiones acústicas de la ola que rompe, se desliza y se funde con la arena de las playas.

Yo estaba tan emocionado que no sabía que decir. Ante este prodigioso hombre, en el que se encarnaban todos los elementos de gracia de la naturaleza, fuentes cantarinas, cataratas furiosas, lavas de los volcanes, mares, montañas y bosques, me sentía paralizado. Finalmente, y gracias a un poderoso esfuerzo de voluntad, logré recuperarme, y con voz temblorosa balbuceé:

¹ Jean Mounet-Sully, nacido en Bergerac el 27 de febrero de 1841 y muerto en París el 1 de marzo de 1916, fue un actor francés, dramático. (N. del T.)

² (París, 1861-Offranville, 1942) Pintor y escritor francés. Se distinguió como retratista, en un estilo influido por los impresionistas. Es autor de ensayos críticos, de novelas y de cuentos. (N. del T.)

– Maestro, acudo a usted a propósito de Catulle Mendès...

– ¡Que Dios lo conserve! dijo el gran actor con gesto perfecto y según el más puro ritmo, se acomodó un poco la bata bajo su axila y a continuación cruzó los brazos.– Pues se doblemente bienvenido, pues el Señor Catulle es amigo mío, y, por mis barbas, que lo considero el mejor entre los poetas líricos de estos tiempos...Dime ¿ha compuesto un nuevo soneto?

– ¡Lamentablemente no, maestro!

– ¿O bien compuso una oda lo suficientemente bella para que yo pueda recitarla ante un público entusiasta?

– ¡Por desgracia, maestro, me temo que haya blasfemado!

– ¡Eh! ¡eh!, tranquilízate, pequeña alma inquieta. La blasfemia es descanso literario y virtud de poeta. Si está bien rimada una blasfemia no significa nada, hijo mío... Yo también he blasfemado... y era de la Belleza...

Yo repliqué con vehemencia, pues comenzaba a tranquilizarme:

– Sin duda, cuando se dirige a Dios, una blasfemia no es nada. La única razón de ser de Dios, y su único pretexto para existir es que sea convenientemente ultrajado por los poetas... Pero la blasfemia de Catulle Mendès, maestro, no es contra Dios, sino contra alguien más grande que Dios... contra...

– ¡Habla!... ¡Pero habla pues!...

– Contra usted, maestro... ¡y la blasfemia es en prosa!...

– ¡Por mi espada!– rugió el gran actor dramático, que dejando caer la tela de la bata bajo su axila izquierda, proyectó, con toda la extensión de sus brazos, y sobre el fondo de la cristalera renacentista, un gesto de una soberana belleza trágica.

Pero se recuperó enseguida de esa violenta emoción. La tormenta que crecía en su viril pecho se calmó repentinamente, y con voz serena, baja y sin embargo profunda, dijo, mientras colocaba sabiamente los pliegues de su bata:

– ¿Y por qué esa blasfemia contra mí?... ¿y a propósito de qué?... Y sobre todo ¿por qué tuvo que escribir esa blasfemia en prosa? ¿Acaso el poeta Catulle Mendès desconoce que cuando una blasfemia no es en verso se convierte en un vulgar insulto?...

¡Vamos, revéleme la blasfemia de Catulle Mendès!

Me enardecí, y habiendo el actor exaltado en mí mis facultades dramáticas, hablé del siguiente modo haciendo gestos abundantes y distinguidos:

– Maestro, en una publicación de mucha tirada, y que solo usted desconoce, Catulle Mendès pretende – aunque maravillosos elogios no amortiguan la osada dureza de ese juicio – que usted no comprende en absoluto el personaje de Hamlet... nada, absolutamente nada... y despliega para tal crítica una serie de astutas razones que, a fe mía, para los pequeños espíritus que somos, parecen definitivas y sin réplica. Espejismos, sin duda, ¡pero qué peligrosos para su gloria, maestro!

Seguro de la inmortalidad de su gloria, y consciente de la infalibilidad de su talento, el Sr. Mounet-Sully esbozó un elocuente gesto cuya expresión verbal contenía íntegramente esas breves y familiares palabras: «Me importa un comino». Yo continuaba admirando su tranquilidad.

Tan tranquilo de verme en ese espejo

– Según Catulle Mendès – dije yo – Hamlet no es del todo esa alma fanática, violenta, salvaje, esa alma dramática que usted cree, maestro. Por el contrario, es un alma indecisa y apática que tiene miedo y se encoge en el instante de la acción. En Hamlet se produce por entero una falta de acción por pereza, indiferencia y una cobardía moral... Pero lo remito usted al mismo texto en el que Catulle Mendès analiza,

discute y demuestra la veracidad de su tesis... En cuanto al físico, – y aquí Catulle Mendès se arma con el propio Shakespeare que ha hecho de Hamlet un retrato muy claro que debería disipar todas las dudas, – nos lo representa a contracorriente de su imagen real... Hamlet no es el elegante adonis ni el tenor de dudosas gracias, ni el guapo moreno fatal del Ambigu³ al que usted engalana con tan exquisitos encajes y terciopelos tan poco verídicos... un grabado de moda de este tiempo... ¡No! Es un caballero más bien desabrido, muy descuidado de su persona, de mal aliento y apestando a cerveza, además con unos cabellos deshilachados mal peinados y un vientre hinchado. A Ofelia no nos la muestra mejor: «el vestido ajado, la cabeza sin sombrero, las medias arrugadas, sin ligas y cayéndole en los tobillos» Una especie de bohemio que...

El Sr. Mounet-Sully me detuvo en esa frase que lo sobresaltó y, con los dos brazos levantados, dijo con resplandecientes muecas:

–¡Hamlet, un bohemio!... Por Cristo, esto es insólito...¿Pero si fuese un bohemio, podría ser trágico? Ser o no ser trágico, ¡esa es la cuestión!...

Caminó por la habitación, febrilmente. Bajo el esquinero de seda los músculos de sus piernas se tensaban como cables. Prosiguió:

–Podría rebatir uno a uno – y victoriosamente – todos los argumentos y paradojas del señor Catulle... Mi refutación será solamente ésta: ¡un bohemio no es, ni puede ser, ni será nunca trágico!... Mendès confunde Shakespeare con Murger y Hamlet con Courteline... ¡Y además qué me importan Mendès y Shakespeare y los poetas!...¡No saben lo que dicen!... Los poetas y sus dramas son virtualidades retorcidas, entidades desacompañadas, mentiras... ¡Polvo, polvo, polvo!... La creación soy yo; la armonía soy yo; el talento soy yo! ¡Mi voz, mis gestos, mis dientes!... Y nada más allá... ¡Ah! cuántas veces le he dicho a Claretie⁴: «¿Para qué tantas obras?... ¡Mi voz, mis gestos, mis dientes... y nada... más allá! » Pero Claretie no me escucha... Vuelva a junto Mendès, hijo mío, repítale mis palabras, y dígame también: «¡Métete en un convento, Ophelius Mendès!¿De qué te sirve ser nodriza de errores y blasfemias? Yo te he querido antaño.»

El Sr. Mounet-Sully permaneció un instante silencioso; luego, con voz profunda, con una voz cavernosa pronunció:

–Decididamente hay algo que huele a podrido en la Dinamarca de la literatura.

Había caído la noche. Tranquilo, el gran actor dramático se aproximó al antifonario y se puso a leer antiguos textos. Y ahora era él quien deslumbraba, en lugar de su bata roja, sobre el fondo sombrío de la cristalera renacentista...

(Le Journal, 7 de junio de 1896)

Traducción de José M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

³ Era un teatro situado en el parisino bulevar del Temple (N. del T.)

⁴ Jules Claretie, cuyo auténtico nombre era Arsène Arnaud Claretie, nació en Limoges el 3 de diciembre de 1840 y murió en París el 23 de diciembre de 1913, fue un escritor francés. Novelista y autor dramático, fue también historiador y cronista de la vida parisina. (N. del T.)